

desde los más apartados rincones de Italia para asistir a la glorificación del humilde terciario franciscano Contardo Ferrini, cuyas virtudes y favores conocen, y del que también saben que fué hombre de profundos estudios y de mucho prestigio entre los sabios.

Los de Milán y Pavia, y sobre todo los de Suna, el pueblecito a orillas del Lago Mayor, donde Ferrini pasaba los veranos, quizá conocen su vida con más detalle, y alguna vez han ido en recogida peregrinación hasta el sepulcro del santo profesor, que quiso reposar en el cementerio de Suna atraído por la piedad de aquellos buenos campesinos que acostumbra a ofrendar flores y oraciones, todos los domingos, a los que duermen en la paz del camposanto.

Pugnando por seguirla, cada momento más de cerca, asistimos a la ceremonia matinal en que se han proclamado las virtudes de Contardo Ferrini, y experimentamos aquel sobrenatural escalofrío que sacudiera a todos los presentes en la basílica vaticana al descorrerse, rápida y sonora, la cortina que ocultaba en la gloria del Bernini la imagen del nuevo beato.

Al atardecer nos unimos a las aclamaciones exultantes de los cincuenta mil fieles que en San Pedro vitoreaban al Padre Santo, cuando éste bajó a venerar las reliquias del que ha subido a los altares con levita, y también con muceta y toga de universitario.

Todavía Contardo Ferrini nos ha deparado otra ocasión de aclamar al Vicario de Cristo y de recibir su bendición, esa bendición que su Santidad Pío XII derrama echándose fuera de la silla gestatoria como si quisiera no sólo bendecir, sino abrazar también a cada uno de los que encuentra en su camino. El Papa recibió en la inmensa sala de las beatificaciones a los universitarios, a los participantes en el Congreso de «Pax Romana», a los peregrinos todos llegados a Roma con motivo de la beatificación, y ante ellos exaltó la figura varisadamente ejemplar del insigne hombre de ciencia.

A las ceremonias religiosas se añadió el homenaje académico. Fué su marco el anchuroso patio de la Universidad Gregoriana, convertido en aula magna. Allí resonó en honor de Contardo Ferrini la voz de la ciencia eclesiástica y del afecto familiar unidos en la persona del P. Dezza, primo de Ferrini y Rector de la Universidad Gregoriana. Allí, los méritos científicos del insigne romanista los señaló una vez más la palabra autorizada del profesor Biondi, titular de la cátedra de Derecho romano en la Universidad Católica milanesa. Y allí, mostrando cuánto significa para los universitarios el ejemplo de Contardo Ferrini, habló con la desbordada elocuencia

